

## EL ORGANILLERO

Definido por la Real Academia Española como “órgano pequeño o piano que se hace sonar por medio de un cilindro con púas movido por un manubrio, y encerrado en un cajón portátil”, el organillo de manubrio —también conocido como *organillo de barril*— llegó a Madrid a mediados del siglo XIX. Se convirtió, en apenas unas décadas, en uno de los emblemas sonoros y visuales de la ciudad.

Su irrupción en el paisaje urbano no fue anecdótica: el 3 de noviembre de 1850, el Palacio Real acogió por primera vez un baile de *chotis* al ritmo de un organillo, marcando simbólicamente el inicio de su arraigo en la cultura madrileña. Desde ese momento, la figura del organillero se consolidó como un personaje entrañable del costumbrismo popular, presente en plazas, verbenas, ferias y esquinas, donde la música suplía cualquier forma de artefacto.

La prensa de finales del siglo XIX refleja la expansión de este oficio. Se calcula que hacia 1890 circulaba por Madrid alrededor de un centenar de organillos. Tal fue su implantación que, en 1900, el Ayuntamiento comenzó a regular su actividad mediante la recaudación de impuestos, alegando el uso intensivo del espacio público<sup>1</sup>.

A pesar de su progresiva desaparición durante el primer cuarto del siglo XX, el organillero no cayó en el olvido. Por el contrario, su imagen persistió en la memoria colectiva y en el imaginario artístico. Prueba de ello es la obra *Organillero y pequeño arlequín* (fig. 1), 1905, de Pablo Ruiz **Picasso** (1881-1973), una pintura del período rosa que homenajea a El Greco a través de las figuras estilizadas, y que convierte al organillero en símbolo melancólico de un Madrid que desaparece.

---

<sup>1</sup> Carreras López, Juan José. 2018, p. 522.



Fig. 1 *Organillero y pequeño arlequín*. Picasso, 1905.

Fuente: <https://www.cuscatla.com/cubismo2.htm>. Agosto, 2025.

La zarzuela, como reflejo inmediato de la vida popular, también se hizo eco de su presencia. En *La verbena de la Paloma* o en *El bateo* —esta última compuesta por Pío Estanislao **Federico Chueca** y Robres (1846-1908) estrenada en el Teatro de la Zarzuela el 7 de noviembre de 1901—, el organillero irrumpe con fuerza como parte del tejido escénico y sonoro de la capital. En particular, el “Coro de los organilleros”, perteneciente a la Escena XI de *El bateo*, encapsula con música y letra la vitalidad callejera, la nostalgia y el carácter castizo de una época que ya comenzaba a transformarse.

*Somos los organilleros,  
somos los pianistas  
de la capital,  
que nos declaramos en huelga  
por necesidad.  
Nuestros amos nos explotan  
y nos tiranizan tan sin compasión  
que por eso el gremio pedimos  
más retribución.  
Ya no podemos tocar;  
se halla de luto Madrid:  
ya no podéis escuchar  
piezas de baile hasta allí.*

*Ahora tendréis que bailar  
música de Beethoven,  
arias de Verdi o Mozart  
y óperas de Meyerbeer,  
y en las verbenas  
tendrán que suplir  
nuestros pianos de manubrio  
con el arpa o el violín;  
pero tenemos  
la seguridad  
que hacemos falta  
y que se arreglará.  
Somos los organilleros, etc., etc.*

Del texto anterior se detectan los problemas que en el gremio de organilleros estaban apareciendo a nivel tanto de sus bajas retribuciones como de los impuestos municipales que tenían que soportar. La zarzuela ocupaba el papel de una veraz crítica a la política municipal. En definitiva, era un anuncio del final mencionado anteriormente, del trabajo de estos tipos tan populares e insertados en la profunda tradición del pueblo llano.